Carta Premiada

Amor mío:

¿Es la fatalidad la que nos separa? ¿Es verdad que hay un hado malo que se interpone entre los que son felices? No, eso no puede ser. Entonces, ¿por qué tenemos que separarnos si nos amamos tanto, si nuestros caracteres se amoldan con tanta perfección, si nuestros gustos son uno solo?

¿Cómo podría explicarte el incidente de la otra tarde? No me creerías si te dijera que mi encuentro con tu hermana fué una mera coincidencia. No me lo creerías porque tus sospechas de que ella me ama vienen de tiempo atrás, se han ido formando de pequeños detalles, los has ido alimentando en tu mente y en tu corazón. Sin embargo, ¿no te has puesto a pensar que soy muy poca cosa para que las dos me amen? Siempre me he preguntado por qué te enamoraste de mí si no tengo cualidades que me hagan destacar de una medianía. Siempre me he sentido cohibido por tu amor hacia mí, y pensando que no lo merezco he puesto mi alma entera, todo mi ser, en merecerlo. Te he consagrado mi vida, todos mis actos han ido encaminados a merecerte. Pero de eso a que me considere capaz de despertar amor también en tu hermana, hay un abismo. Sin embargo, la sospecha, la duda ha germinado en tu corazón y los celos son el peor enemigo de la felicidad de un hogar. Por eso no te pido que continuemos nuestras relaciones.

Todos mis sueños, mis ilusiones rotas yacen hechas añicos a tus pies, y no puedo pedirte que las vuelvas a hacer vivir. Tendré que alejarme para siempre de tu camino porque no quiero ser el motivo de discordia entre tu hermana y tú. El cariño fraternal es tan sagrado, que por verlo reinar siempre entre ustedes sacrificaré mi amor.

Te seguiré queriendo, único amor de mi vida, guárdame tu también un poquito de amor, y si algún día puedes desechar de tu alma la sospecha, si ella se enamora de otro hombre y unen sus destinos, desapareciendo así el motivo de nuestra separación, hazme un llamado. Acudiré con el corazón henchido de alegría y te tomaré en mis brazos para no dejarte escapar más.

Pero mientras en tu alma perdure la duda, mientras haya esa sombra que nos quitaría la felicidad, permaneceré alejado, con tu recuerdo, como único tesoro, con el calor de tus manos que guardo aún entre las mías, con la limpidez de tus pupilas reflejada en el alma.

No me olvides, María del Socorro.

ALFREDO.

